

Esc. Carlos FERNÁNDEZ. MIEMBRO DEL INSTITUTO HISTÓRICO MUNICIPAL DE LOMAS DE ZAMORA

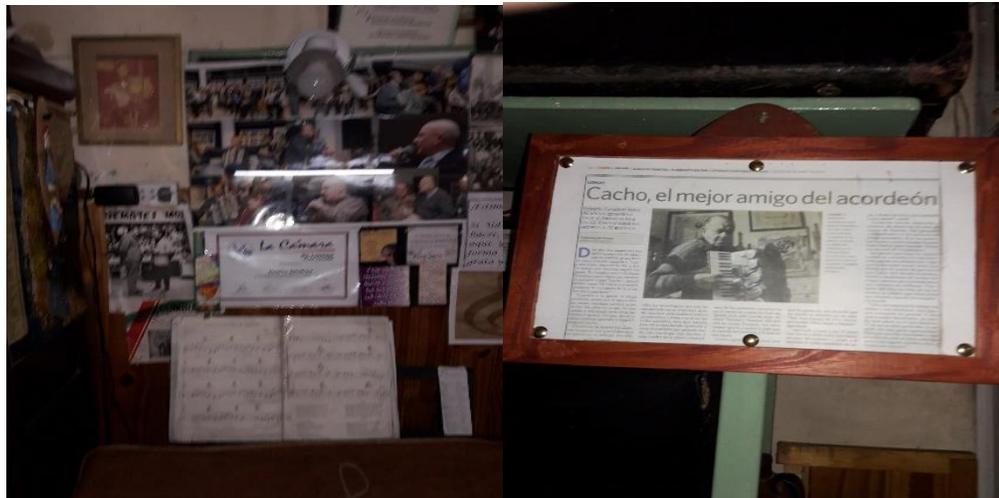


PERSONAJES

EN "LAS LOMAS DE ZAMORA"

HOY "CACHO" ZANABONI

"LA MÚSICA DEL BARRIO"



En cierta oportunidad instituímos en una entidad de este Partido, la entrega anual de una estatuilla como homenaje a distintos personajes de Lomas de Zamora, en ese caso relacionados con la música popular urbana. Hoy volvemos sobre el tema, pero queremos hacerlo con mayor amplitud, que nos permita abarcar las distintas actividades de hombres y mujeres que han poblado estas “Lomas de Zamora” a lo largo de su historia y que, por alguna característica, son reconocidos por los demás vecinos en el ámbito de la comunidad.

Este reconocimiento no pretende ser novedoso sino tan solo un aporte más a una temática que es necesario rescatar para el conocimiento de las generaciones jóvenes que no conocieron estas historias de vida y que, transmitidas generalmente en forma oral, es necesario dejarlas por escrito para que otros sigan este sendero y se vayan agregando nuevos personajes de los barrios más alejados, que por ello nos es más difícil reconocer

También debemos señalar que otros hombres y mujeres lomenses han dejado los testimonios de muchos de estos personajes en distintas obras o citas y que solo pretendemos colaborar en una recopilación que con el tiempo vaya trazando un cuadro más amplio con esos hombres y mujeres lomenses que por algunas circunstancias de sus vidas dejaron su impronta personal.

Como todo pago chico las “Lomas de Zamora”, a lo largo de su dilatada historia, ha tenido enormes hombres y mujeres que se han destacado en distintos ámbitos, muchos de los cuales han llegado a tener repercusión nacional. Cuando este pago no era la metrópoli del mundo actual, todos sus vecinos se reconocían a diario. Hoy la realidad es distinta y se llega en muchas situaciones a no conocer a quien vive lindero a nuestra vivienda.

Así como han de aparecer personajes inmediatamente reconocibles, también estarán aquellos otros, quizá anónimos para muchos, pero que de cualquier forma han hecho su aporte para establecer nuestra identidad lugareña.

Por último, hemos de utilizar material publicado o conocido vía oral y en cada caso señalaremos su origen en la certeza de que con ello estamos configurando un mapa identitario lómense. Ello no tendrá una metodología de tiempo, sino que se irán mezclando, como lo haremos con personajes conocidos y con otros quizás ignotos.

En nuestro caso lo iniciamos con un querido amigo y vecino del barrio que a través de su música y especialmente de su bonhomía es reconocido por innumerables generaciones de quienes han sido sus alumnos a lo largo de más de 70 años.

Roberto “Cacho” Zanaboni es el prototipo del muchacho de barrio, que supo construir identidades a través de su extraordinaria calidez humana donde se hermanan el hombre que transmite una gran sabiduría y esa enseñanza de su “música del alma”.

A través de tantas décadas supo amasar alumnos, pero principalmente amigos, donde hoy, con sus jóvenes 92 años, casi 93, y su enorme madurez espiritual de padre, abuelo, bisabuelo y próximamente tatarabuelo, continúa todos los días esperando la llegada de sus alumnos como un enorme desafío y proyecto de vida, donde también cada uno de esos alumnos serán sus hijos, nietos, bisnietos o tartaranietos musicales.

“Cacho” llegaba a este mundo, en estas Lomas de Zamora, como no podía ser de otra manera, un 5 de julio de 1926 y con solo dos meses de vida, junto con sus padres, Francisco Jorge Zanaboni y Gabriela Radaelli, se instalarían en la casa paterna de Gorriti 1155, donde vive hace ya casi 93 años. También allí estarían sus hermanos Ernesto, “Luli” y “Titi”, todos ya fallecidos.

En ese predio, en la parte del fondo donde había un altillo que se utilizaba como depósito de alimentos y enseres para sus caballos, su padre guardaba las jardineras con las cuales realizaba el diario reparto de su panadería “La Nueva Época” que se encontraba en la calle Laprida al 800. Allí “Cacho” recuerda que, con pocos años de edad, acompañaba a su padre en ese reparto que, con dos caballos, uno “barrero” y el otro delantero que enganchados a las chatas les permitía pasar por los enormes lodazales que se formaban, en ese entonces, en esta parte de nuestro distrito.

Ya, en otro trabajo sobre la Plaza de la Libertad y de la Democracia Raúl Ricardo Alfonsín y la identidad barrial, hemos señalado cómo era el barrio que, conformado por las historias personales, se van construyendo las realidades sociales generales. En ese hábitat nace también nuestra identidad que se va desarrollando con la madurez. Esas pertenencias están referenciadas con el paisaje, los personajes que le dan vida y con los olores que la recrean y que aspiramos cuando transitamos sus calles.

Para alguien que caminó su barrio, acudió a algunos de sus colegios, que gozó de niño los juegos de su plaza, que conoció y recibió las enseñanzas de sus personajes, todas esas percepciones y afectos le han transmitido una personalidad que pasa a formar parte de su inventario personal. Es lo que ocurre con ese barrio, quizá un poco ampliado y enmarcado por las calles Alvear-Piaggio hasta Santa Fé y desde Boedo hasta Colombres, en Lomas de Zamora, perteneciente a este sufrido conurbano de la Provincia de Buenos Aires.

Esta zona, como la mayoría del partido, salvo el “centro”, no tenía gran cantidad de habitantes y solo algunas casas habían sido levantadas en esas calles de tierra que se confundían con sus lotes. Lomas de Zamora tenía, según el censo de 1914, tenía una población de 59.874 habitantes, que en la década del “40” bordeaba los 125.000 vecinos. Estas calles, sus humildes casas y cálida gente, la hemos palpado desde niño donde, frente a la casa de “Cacho” vivían mis abuelos paternos, en un terreno adquirido en 1910, donde al año siguiente, llegaría a este mundo, Enrique, mi viejo. Era una de las pocas, junto a la de los Zanaboni y los Cid que ocupaban estos campos traviesos. Con el tiempo comenzaría a aparecer los negocios del barrio, con venta de comestibles pero también con otros rubros como la sombrerería de Dursi y hacia mediados del siglo XX estaría la peluquería de Vicente Lonchano que, atendía en su casa de la calle Gorriti, lindera a la vivienda de mis abuelos, por las tardes, cuando volvía de sus labores en la fábrica Firstone, al igual que “Cacho” y los famosos sábados cuando todos los vecinos pernoctaban el lugar, tuvieran que cortarse el pelo, afeitarse, la pelusa o simplemente conocer de primera mano todas las novedades del barrio.

Todo lo demás, campo abierto y añosas quintas como la de los “Marcellini”, en la actual plaza o “La Pochocha” que abarcaba la manzana de las calles Gorriti, Pasaje Solari, Laprida y Alvarez Thomas, o aquella que circundada por las calles Loria, Díaz Velez, Gorriti y Olazábal, cubierta con viñedos de uva chinche que fuera la primera cancha del Club Los Andes, en la zona oeste del Partido, cuando se trasladó del primitivo campo de juego en Matheu y Pedernera, en la zona este; donde con maderas de cajones para embalaje de automotores levantara su primera casilla utilizada como vestuarios.

Una vez más deberemos recordar que en la quinta de los Marcellini hacia 1930 habría de asentarse, hasta 1940, el campo de deporte del Club Atlético Los Andes, aquel fundado el primero de enero de 1917 como “Los Andes Foot-Ball Club” tomando su nombre en homenaje a los aeronautas argentinos Eduardo Bradley y Angel María Zuloaga que el 24 de junio de 1916 habían cruzado por primera vez la Cordillera de Los Andes en globo.

A partir de 1940 el predio tendría distintos destinos entre ellos el de campo de deportes del Club de Rugby Porteño, que en sus inicios era un club de fútbol que dejó de practicarlo por no aceptar el profesionalismo y emprender el camino del rugby. Llegó a Lomas de Zamora en 1951 al fusionarse con el Lomas Rugby Club conformando un equipo que se adjudicó el campeonato de segunda y ascendió a primera división permaneciendo una sola temporada. Luego ocupó distintos espacios hasta llegar a su actual campo de deportes en el Partido de San Vicente.



También en el predio, como nos ha referido el mismo “Cacho” Zanaboni se construyó un circuito para carreras de motos organizada por el Moto Club de Lomas, donde lo transitara con su moto con sidecar; además había exhibiciones de motos que daban vueltas de 360 grados dentro de una jaula de hierro circular. Su familia es también una de las más antiguas en el barrio. Su abuela Ernesta Radaelli de Zanaboni, quien era viuda de Rafael Zanaboni, había adquirido el bien a Antonio Troncelliti en el año 1925 por ante el escribano de Lomas de Zamora Mariano R. Silles. El inmueble, que hoy mantiene alguna de sus características originales, aún con sus reformas, como hemos señalado, fue además de vivienda corralón donde se guardaban los carros y chatas que eran utilizados por la familia para el reparto de pan que elaboraban en su local de la calle Laprida al 800.



RENTE DE LA CASONA DE LA CALLE LAPRIDA AL 1200 HOY PLAZA LIBERTAD
TAMOS HACIENDO DE ALBAÑILES Y DESPUES TEATRO- LA HABIAMOS CAMBIADO POR LOS TRANVIAS

Juan Carlos Rizzi

Zanaboni también nos recuerda que por el predio de la hoy plaza se realizaron famosas kermeses, al estilo de esos tiempos, con gran participación de los vecinos que también

concurrieron, junto a sus familias, a los espectáculos que brindaron distintos circos que llegaban al lugar, donde no solo se realizaban actividades propias del mismo, sino como había sido en su desarrollo el circo nacional, también fue el inicio de nuestro teatro y ello habría de dejar su huella años después con las funciones teatrales en la casa existente sobre la calle Posadas donde durante algunos años funcionó el Teatro Horizonte, además del “Teatro Juvenilla” en la calle Gorriti 1535.

Pero, fundamentalmente, en el barrio, llegado el siglo XX, estarían sus clubes, espacios públicos y barriales de contención social, tanto para mayores como para los más chicos; aquellos de los bailes familiares, especialmente en las carnestolendas, con “selectas grabaciones” y en algunos casos con la llegada de las grandes orquestas del momento como las de D’Arienzo, De Angelis o Don Osvaldo, lugares que también solían alquilarse para las fiestas de cumpleaños o casamientos. Esos espacios públicos era una especie de segunda casa, de muchos vecinos, que, terminada la tarea diaria, concurrían para descansar de sus problemáticas, como otros los hacían en los cafés o en la quinta del fondo de sus casas. Allí, como el tema de Chico Novarro se discurriría de cualquier tema, fuera de política, de mujeres o de futbol, donde surgían miles de directores técnicos, mientras las cartas dibujaban en las mesas los juegos de truco, tute cabrero o mus, entre otros.

Como siempre, vida simple, pero de calidad humana. En ese hábitat estaban los tres clubes del barrio, que por suerte o por el esfuerzo de aquellos que dieron su trabajo y muchas veces sus dineros, pero principalmente sus esperanzas, aún se levantan presentando pelea, además del estadio de Los Andes, ya que la sedes estuvieron siempre por el “centro”.



Sedes C.A. Los Andes

A principios de la década de 1920 sería fundando el “Club Social y Deportivo El Huracán de Lomas”, en la calle Manuel Baliña 66, entre las de Laprida y Boedo. A los pocos años, en 1927 nacería el “Club Social y Deportivo Almafuerte, en la esquina de Gorriti y Olazábal; y finalmente hacia 1935 se creaba en la calle Colombres, entre las de Posadas y Alvarez Thomas, el “Club Social y Deporivo 12 de Octubre”.

En ese ámbito barrial que más que geográfico era emocional, “Cacho” cursaría el colegio primario en la Escuela número 21 de José María Penna esquina Boedo, además de colaborar con su padre y con pocos años trabajar en la “Escobería” sita a una cuadra de su casa, donde cocía las escobas que se fabricaban y aún hoy puede exhibir algunas muestras que en sus brazos le dejaron tales tareas.

Sin embargo, como un chico más del barrio, su vida se deslizaba entre los estudios, el trabajo y los juegos propios de la época. Pero ya tenía una marcada inclinación por la música, la cual habría de atraparlo a través de sus redes subyugantes con sonidos, corcheas o semifusas.

En esa temprana inclinación, lograría convencer a don Francisco para que lo llevara a estudiar piano con una vecina que vivía en la esquina norte de Gorriti y Posadas y allí aprendería los

primeros rudimentos de solfeo, teoría y piano. Con esos primeros conocimientos ya estaba en el camino iniciático de la música.

Pero un hecho fortuito le cruzaría en su camino, la elección de su verdadero instrumento cuando el dueño de la “Escobería” le propuso cambiarle un viejo acordeón a piano de madera por una cama de propiedad de don Francisco, a lo cual este, a ruego de su hijo, accedió. Y fue cuando el barrio, a partir de ese momento, comenzó a escuchar los primeros acordes que surgían de ese rústico, pero noble instrumento que, pese a perder aire por todos lados, lograba permitirle interpretar el famoso vals “Desde el alma” de Rosita Melo.

Debemos recordar que el acordeón llegaba a Europa en los comienzos del siglo XIX, junto a otros instrumentos aerófonos como el armónico, el armonio, la concertina, la bandónica o la sinfonietta. A los instrumentos que suenan a través del soplido han de sucederle aquellos que lo hacen a través del fuelle como la Aeolina manual, el Aeolidicón, la Melódica, el Melófono o el Armonio manual, antecesor de la concertina y el acordeón.

Este es un instrumento portátil formado por un fuelle sujeto a dos bastidores ovalados en los que hay botones y, en algunos modelos, teclas como las del piano. Se toca estirando y comprimiendo el fuelle con lo cual el aire pasa a unas láminas metálicas llamadas lenguetas que al vibrar emiten el sonido. Las notas se obtienen pulsando los botones o teclas, en tanto los controles de las notas graves están en su mano izquierda en tanto que la aguda en la derecha.

Los dos tipos principales de estos instrumentos son el de acción simple y de acción doble. En el primero, cada botón produce dos notas, una al comprimir y otra al estirar. En el segundo cada botón produce la misma nota al comprimir y al estirar. El modelo más habitual es el Acordeón a piano que de doble acción con una columna de teclas como las del piano, el cual hace su irrupción a mediados del siglo XIX.

Por otra parte, el más sencillo, el diatónico, con una sola hilera de botones y que llegarán en gran número al Río de la Plata, junto con la inmigración, se le denomina “Verdulera” en tanto que, en el interior de nuestro país, se lo denomina, junto con el de dos hileras, con el nombre de “Cordiona”. El acordeón de dos hileras, con 21 botones, posee 8 a 12 bajos, apoyándose ambas bandoleras sobre los hombros, llevando caja de madera en los antiguos y de metal esmaltado en modernos, siendo de procedencia italiana y alemana.

Esas verduleras que llegaron al país, en principio, unas pocas, y luego en forma masiva con la inmigración de los finales del siglo XIX y principios del XX, eran la compañera más fiel de aquellos hombres y mujeres para combatir el desarraigo, y al son de polkas, mazurcas, chotis, valeses o incorporando rancheras, pasodobles, estaban gestando una nueva música que tendrían un especial desarrollo en la zona del litoral, al principio, en manos de mujeres y que luego pasarían a los hombres.

Posterior a esa llegada, el instrumento comenzaría a ser construido en el país, lo cual lo popularizó aún mucho más y la ejecución de las denominadas músicas clásicas y popular se escucharía principalmente en confiterías y hoteles, a través de dúos, tríos y aún orquestas compuestas exclusivamente de acordeones, principalmente en la comunidad alemana.

Pero, quizá, su apogeo estaría dado por las denominadas orquestas “Características”, integradas por dos o tres acordeones a piano, saxos, trompetas, violines y ritmo, en la época dorada de los “40”, con los cuales se destacaban notables artistas como Dajos Bela en música clásica ligera, los Santa Paula Sereneders en jazz, o las características de Barbará, De Paula y especialmente don Feliciano Brunelli y la típica de Edgardp Donato.



Pero el hito de esos tiempos sería Brunelli, actuando a la par de D'Arienzo en los famosos bailes de carnavales, el cual además fue autor de tangos y se le adjudica, ratificado ello por Piazzolla, ser el autor de la famosa variación del tango de Juan de Dios Filiberto "Quejas de bandoneón" para la orquesta del Gordo Troilo.

Con posterioridad a esta etapa han de aparecer conjuntos más pequeños como el sexteto de Washington Bertolín, el quinteto de Osvaldo Norton, chamamaceros como Tránsito Cocomarola, Tarragó Ros o Montiel, y en los últimos cuartetos característicos como los de Bissio, Gasparín o Chicato Magliano, los cuartetos cordobeses o los tropicales del Cuarteto Imperial.

En esa realidad musical, "Cacho" habría de impartir sus clases de música y actuar en los lugares que lo necesitaban.

En el devenir de su vida laboral, trabajaría en la fábrica de galletitas "Bagley" ubicada en el barrio de Constitución, donde, por esos azares de la vida y principalmente por jugarse, como premio un "sanwiche" a un compañero de trabajo si lograba atraer a una compañera de trabajo que estaba en la sección "Criollitas". Ella, era Carmen Pedrido, a la cual comenzó a "hacerle la corte" y, como no podía hacerlo en el tren que los conducía al trabajo, ya que Carmen tomaba el rápido Banfield-Constitución, él lo hacía en el otro rápido, Lomas-Constitución. Así, que trataba de ingeniársela en el trabajo donde llegó a pedirle prestado una revista, como excusa, aunque esta era una revista con temas para mujeres. Pero el fin justificaba los medios y así logró ganarse el "sanwiche" como premio pero, ello tendría otro premio mayor que sería un noviazgo que duró 5 años, hasta que, en enero de 1949, darían el sí en la "Iglesia Sagrado Corazón" de Banfield, donde precisamente en este enero de 2019 se celebró una misa por los 70 años de casados, además de la reunión familiar y una suerte de serenata que le brindaron en su casa sus jóvenes alumnos.

De esa unión nacerían dos hijos: Héctor, el mayor, también profesor de música, y María del Carmen, la menor, profesora. A su vez Héctor tendría dos hijos: Gabriela y Pablo, y María del Carmen: a Leandro el cual, a su vez, seguiría los pasos musicales del abuelo.

Como la familia se había agrandado, y aún la música no daba para ello, cambió de actividad laboral y entró a trabajar en la Sección "Cámaras" de la fábrica "Firestone" en Llavallol, donde llegó en 1948 y estuvo por el lapso de 40 años hasta 1988, cuando se jubiló, pese a que se le había ofrecido continuar con otras tareas en la empresa, pero lo que desechó para dedicarse por entero a la música. Como diría un ejecutivo de la empresa, Mr. Carghan, ese muchachón al cual sus compañeros apodaban "el caballo", por su nobleza, se convertiría en "Mr. Cacho de la música", lo que también había dado muestras sobradas de su inclinación, dando clase o tomando a su cargo reuniones musicales en distintas festividades que se desarrollaban en el mismo establecimiento.C



Carmen y Cacho con el nieto, con el Padre Mario y distintos conjuntos creados

Retomando el camino musical, deberemos recordar que, luego de los primeros rudimentos musicales en el barrio, se encaminó para “centro”, en este caso el “Conservatorio Musical Odeón” dirigido por el maestro Eduardo D’Agostino, donde también enseñaban el famoso hombre del tango Sebastián Piana y el Profesor Antonelli del Teatro Colón. Allí habría de perfeccionar sus conocimientos de teoría y de instrumentos, adoptando como hijo natural al acordeón a piano. Con el tiempo también formaría parte del establecimiento, el cual habría de transitar a lo largo de 40 años.

Pero su actividad principal estuvo centrada en su casa de la calle Gorriti que comenzó a poblarse de alumnos que, en algún momento superaron más de cien discípulos. Allí, todos los días abría la puerta de su casa y de su corazón a todo aquel que llegaba para recibir sus sabios conocimientos, sin importarle su condición social y a muchos de los cuales enseñaba sin pedirle contraprestación alguna.

Allí en su academia lómense a la cual bautizó “Centro de Estudios Musicales”, que adquiriera un enorme prestigio entre sus colegas, se enseñaría teoría, solfeo, y la ejecución de los distintos instrumentos como el acordeón piano, guitarra, piano o bandoneón, pero la principal lección la daba el maestro a sus alumnos a través de las diarias charlas sobre la música y la importancia que ella tiene en la vida de las personas.

Cuando su hijo Héctor siguió su camino musical tuvo en él un enorme colaborador y que con el tiempo, al ampliarse el número de alumnos, el mismo Héctor abriría una sucursal de la academia en su vivienda de Ezeiza donde, “Cacho”, llueve o truene o haga pocos o muchos grados de temperatura, toma su reconocido “milqui” y contando con el debido registro de conductor, se traslada martes y jueves para colaborar en la enseñanza.



Su actividad docente, le llevó, además de la enseñanza, a la formación de recordados conjuntos de acordeón a piano integrado por sus alumnos, entre los que recuerda, entre otros a “Pichi” Landi, un vecino de la calle Colombres, a “Los Blues Engers” o “Los cuatro rubiés”. Pero quizá su mayor orgullo lo tendría con su nieto Leandro, que siguiendo también el camino del abuelo, luego del debido aprendizaje, se los puede ver tocando junto en distintas reuniones musicales, especialmente concurriendo a clubes de jubilados o todos los domingos al mediodía en un geriátrico ubicado en Villa Galicia, donde por un momento, alegran la vida de aquellos que viven en el lugar, donde, por supuesto jamás cobró un peso.

Además de haber animado reuniones musicales en Firestone, “Cacho” siempre lo hizo donde se le pidió y normalmente sin cobrar suma alguna. Podemos recordar las famosas “Noche Buena”, fin de año o carnavales, de otros tiempos, donde se cerraba la calle Gorriti entre Posadas y Álvarez Thomas, y después de las 12 de la noche, hasta altas horas de la madrugada, todos los vecinos bailaban al son musical de “Cacho” y de quienes le acompañaban. También solía partir con su instrumento, en esos tórridos veranos, en la famosa bañadera hacia los balnearios de Quilmes o de Punta Lara junto a sus amigos del barrio para animar la estadía y tener un momento de refresco espiritual en el medio de la semana laboral y poder volver a la misma con mayores energías.

También, en otros tiempos, en sus años mozos, supo participar con su acordeón en las noches del “Boliche de Tarilo”, que exhibía orgulloso su palenque en la ochava de Gorriti y Álvarez Thomas, sobre la cual estaba la caballeriza, el cual fuera almacén de barrio y despacho de bebidas que, avanzado el tiempo supo ser templo laico de otros reconocidos hombres del Lomas como el “inglés” Mc. Cormick, de profesión abogado, o Figueroa y otros amigos, además de los famosos desfiles del “Centro Tradicionalista La Querencia” para los festejos del “Día de la Tradición”, que en ese entonces, sí se lo recordaba.

Gustos y vidas simples, pero de gran calidad, la cual, en la mayoría de las veces, no necesitaba de grandes gastos, como suele ocurrir en la modernidad.



En esa permanente entrega hacia los demás y especialmente hacia los niños, en algún momento adquirió un viejo colectivo Belfort 46 con el cual transportaba a sus alumnos a pasear y conocer lugares como los bosques de Ezeiza o el Santuario de Luján, lugares que, la mayoría de ellos no conocían. Y allí, además, portando todos sus instrumentos se aprovechaba para armar una tenida musical en algún balneario del lugar.

“Cacho”, al igual que con el Belfort 46, tendría innumerables anécdotas con otros vehículos, alguno de dos ruedas o agregando el sidecar o de cuatro ruedas, pero generalmente todos con bastantes problemas. Con la primera, esa moto alemana de la segunda guerra mundial, supo formar parte del Club de Motos de Lomas que se reunía en la actual plaza de su barrio, donde se había armado un circuito e instalado un cilindro para exhibiciones. Luego, en algún momento permutó la moto por un viejo y destartado Ford Baby, con el cual, sin embargo, emprendía, con su familia, excursiones a distintos lugares como Tandil, ante la mirada atónita de los inspectores de tránsito que no podían creer que con ese vehículo pudiera llegar hasta nuestras sierras bonaerenses. Pero para dar veracidad al hecho siempre portaba una cámara de fotos que lo atestiguaba. También tenía la

particularidad de que, para cambiar algún neumático, con la ayuda de su madre y su mujer que levantaba a mano el vehículo, cambiaba esas gastadas cubiertas.



“Cacho”, al igual que con el Belfort 46, tendría innumerables anécdotas con otros vehículos, alguno de dos ruedas o agregando el sidecar o de cuatro ruedas, pero generalmente todos con bastantes problemas. Con la primera, esa moto alemanda de la segunda guerra mundial, supo formar parte del Club de Motos de Lomas que se reunía en la actual plaza de su barrio, donde se había armado un circuito o se había instalado un cilindro para exhibiciones. Luego, en algún momento permutó la moto por un viejo y destartalado Ford Baby, con el cual, sin embargo, emprendía, con su familia, excursiones a distintos lugares como Tandil, ante la mirada atónita de los inspectores de tránsito que no podían creer que con ese vehículo pudiera llegar hasta nuestras sierras bonaerenses. Pero para dar veracidad al hecho siempre portaba una cámara de fotos que lo atestiguaba. También tenía la particularidad de que, para cambiar algún neumático, con la ayuda de su madre y su mujer que levantaba a mano el vehículo, cambiaba esas gastadas cubiertas.

Pero, quizá la mayor emoción se produce cuando entramos a su casa, de los famosos estilos “chorizos”, y allí, pegado a la cocina, nos encontramos con su altar musical, la sala donde todos los días esa casa y el barrio se llenan de colores y aromas musicales. Allí nos recibirán los distintos instrumentos e innumerables recuerdos escritos y fotográficos que atestiguan tantos años de entrega que “Cacho” ha tenido y tiene para todos sus hijos musicales, cualquiera fueren sus edades cronológicas.



Cacho y Carmen



Reconocimiento para su hijo Héctor

Como siempre, a través de su charla colmada de afectos, y junto con Carmen, nos transmiten su historia de vida como aquella que hace a su familia y todos los que lo han sucedido, como ya lo hemos relatado. Así, además de sus hijos y nietos, hoy goza del cariño de sus bisnietos, Liguén, Olivia, Joaquín y Mariano y como este joven ha de brindarle un tartaranierto para el mes de junio, en una familia llena de cariño y de música.

También como señalamos está rodeado de sus instrumentos musicales, entre ellos uno de los pocos Bandoneones “A” que existen en el país, pero especialmente de sus queridos acordeones. Recuerda que habiendo partido de aquel de madera que adquiriera por el canje de una cama, habrían de seguirlo otros como un Doble AA que comprara en Banfield y que hoy lo tiene su hijo Héctor. U otros como un Excelsior, Condoli, un Mastropiano, de industria nacional que se fabricaba en Lanús, o la joya de la familia un ONER de 120 bajos con peine en la cuarta octava con la que puede interpretar toda gama musical. Pero el que recuerda con un profundo cariño es otro de su pertenencia, un Septimio, instrumento fabricado en la Casa Soprano en Cosenza, Italia, el que guarda toda una historia.

Así, rememora que habiéndolo adquirido el mismo estaba retenido en la Aduana y para retirarlo debía abonar una suma de dinero, hoy irrisoria, pero que en aquellos tiempos era de difícil disposición. Al no disponer de ese dinero, hace 68 años, cuando también estaba por llegar su primer hijo, “el Héctor”, fue que acudió a un tío que tenía posibilidades económicas al cual le solicitó, prestado, ese dinero. Ese tío, desdeñó esa compra por considerarla innecesaria y superflua, y no le facilitó el monto necesario para el retiro del instrumento. Por esas cosas de la vida, con el tiempo le pediría que fuera a tocar a su casa cuando ya estaba solo.

Pero sucedió que un amigo, que cantaba en su conjunto “La Robert jazz”, el “Ñato” Quercia un día, mientras ensayaban, escuchó el relato acongojado de “Cacho” sobre la negativa de su tío a facilitarle ese dinero para retirar ese instrumento tan deseado. Ni bien lo escuchó, el Ñato le dijo que lo esperara un momento que tenía que ir hasta su casa.

Al poco tiempo regresó con un chanchito, eso en los que se guardaban monedas y pesos para tenerlos como ahorro. De inmediato, y sin decir nada, en esa sala de la casa donde ensayaban tiró la alcancía al suelo y en medio de su material esparcido aparecieron infinidad de monedas y pesos que Quercia había ahorrado a lo largo de su vida, diciéndole que tomara lo que necesitaba para retirar el instrumento y se llevaba el resto. Así pudo tener a ese querido y ansiado hermano musical.

En esa enorme trayectoria de años y éxitos, vuelven a su memoria lugares donde llegaba con su música y su acordeón, y en distintas ocasiones con sus distintos conjuntos, sobre el viejo colectivo, donde en lugares del conurbano sur de esa época dejara su marca musical, pero también especialmente en su terruño en lugares como el Almacén de Tarilo, el Club Unión Foot ball Club, el Huracán de Lomas o en el Parque de Lomas.

Además de los distintos premios recibidos, algunos ya citados, estará uno importante como era el Premio AMA de María Auxiliadora y en ese camino musical también algunos temas de su autoría como la Zamba “Mi chilanita”, escuchada en muchos programas musicales, el swing “Mi pasión” o el tango “Por vos” entre un número mayor de creaciones.

Hoy, ya quizá no suele salir de noche para actuar, pero si lo solicitan de día siempre está presto para colaborar, sin requerir retribución alguna, solo el seguir sintiéndose útil para los demás a los que siempre se ha entregado y que por una retribución virtuosa lo colman de afectos. Ese es “Cacho” Zanaboni, nuestro querido personaje del barrio y de estas Lomas de Zamora.





